



¿No teneis en vuestra biblioteca menuda ningún libro que hable de los poetas? ¡No os pasmeis! En este mundo pocos son los genios creadores que suprimiendo los libros, sean capaces de escribir delante de su mesilla de estudio o en su escritorio que le sirve de despacho, sin más recursos que unas cuartillas, tinta y pluma. Ya pueden ser las cuartillas de papel satinado, el tinte-ro labrado en relieve y una estilográfica de 50 pesetas, regalada o adquirida por sus ahorros para casos de urgencia y necesidad inherentes a veces a su distinguida profesión; pocos son los talentos que espontáneamente nos podrían proporcionar alguna idea propia; los que en un momento dado podrían salvar el compromiso literario; pocos son los que habiendo empleado ya en sus escritos frases rimbombantes, giros y periodos dignos de Castellar, llegaron en el caso exigido a observar las primeras reglas del sintaxis gramatical o al menos, las figuras esenciales de la retórica.

Por ventura los que no poseéis vuestra pequeña biblioteca ¿no habeis tropezado en las peluquerías con alguna revista gráfica mientras esperabais impacientes el turno correspondiente? ¿No habeis leído alguna vez en ellas preguntas curiosas de los jóvenes que se interesan por la vida particular y carácter de los poetas?

Ese es el poeta: la fibra sentimental por excelencia y ese es también el artista.

¡Cuántas atentas y cariñosas cartas no habrán recibido los poetas después de su triunfo!. Este es el poeta para esos corazones enamorados.

Pero no encierra el poeta el don del sentimentalismo superficial, frívolo y seductor; es la forma del sentimentalismo de lo ameno y de lo sublime: de lo ameno por que describe el asunto con bellos y originales detalles de su inspiración, enriquecidos con agradables figuras metafóricas, parte interesante y esencial de la verdadera forma de poesía; de la sublime porque arranca de la apreciación general de las cosas misteriosas, imágenes trazadas por su compenetración profunda, atributo de una clarividencia privilegiada. Eso es el poeta.

Lástima que talentos bien cultivados hayan empezado a servirse de la poesía para expresar y encerrar en sus dimensiones concisos conceptos de alto valor literario con los que no hacen más que perder el sentido y la cadencia de la versificación, mísera forma «alambicada», trabajo estéril de una pura orfebrería.

¡Oh disparate! Poesías saturadas de exotismo, de una influencia extraña en la que domina la exagerada afeminación de autores extranjeros, de inverosímiles esfuerzos de lenguaje sometido a unas ridículas reglas de un estilo cubista, lenguaje de frases quebradas ininteligibles, que arguyen pobreza de ingenio, único recurso que han buscado los que teniendo talento y buenos conceptos tratan de expresarlos por medio de la difícil gimnasia del

verso, reservada a los dotados de especial intelecto y número poético.

¡A donde irá la poesía vasca!

Absortos nada más que tristemente van (como si bastaran dos poesías o un ensayo atrevido para acreditarse de poetas) al fracaso; nuestra literatura, nuestra tradición conservadas gloriosamente por el alma de los poetas fenecerá y sin remedio iremos al abismo del mercantilismo cínico, grosero, ruin...

Sólo el arte de la poesía faltaba para admitir en su naturaleza las normas del modernismo.

Desaparecida la monotonía de la antigua versificación recargada de interminable serie de consonantes, adoptaron la nueva modalidad los verdaderos poetas Arrexe, Zubigar, Jáuregui, Zatarra conservando el carácter de la raza y la pureza del lenguaje puntos de vista que el artista debe cuidar con preferencia.

Yo mismo soy el primero en defender el modernismo pero distingo al «creador» del «fabricante», como hay que distinguir las dotes artísticas del genio; hoy tristemente confundimos los «charcos con claros manantiales», obras en las que aparece la exageración de una expresión falsa y amanerada, verdaderos adioses, trajes con que se visten maniqués, no seres vivos.

El modernismo es la «caricatura de lo moderno», que no es siempre lo contemporáneo, lo moderno puede ser lo contemporáneo, pero lo contemporáneo no es muchas veces moderno: nadie tan moderno como Wagner en música, sin embargo su música siendo antigua no deja de proporcionar placer estético.

El euzkera de los «nuevos» poetas solo servirá para inducirnos al desconocimiento de las manifestaciones rítmicas de nuestra raza; ya pronto ni sabrán la significación del «lagatza» que cuelga de la percha de nuestras chimeneas y así vocablos tan arraigados en el seno de nuestra etnología irán perdiendo poco a poco su valor literario de relieve simbólico. Poetas que escriben con tabla del ogarismo, se defenderán pero no tienen razón; quieren triunfar con la etiqueta del modernismo faltándoles lo más esencial: que es el genio.

Malo fuera que algún individuo sentando cátedra de crítico erigiera pedestales elevadísimos a los «nuevos» poetas y hubiese ingenuos que sucumbieran a esas conveniencias políticas.

¡Todo eso es política, señores! «Política de carácter estrictamente conspirativo, que disimula sus intenciones y propósitos; política que se desborda en palabrería hueca y mentira desenfrenada; política llena de vicios y perversidades; política pésima, en suma, y tan perniciosa para la santidad del arte como para el culto del ideal», ya dijo Lope de Vega Carpio: «cual es el afecto del ánimo, así es el hombre, como el hombre las palabras, como las palabras los hechos y como los hechos la vida»

La colectividad conquistada por medio de la propaganda influye soberanamente sobre nuestros estados afectivos.

T. GARBIZU